



Ecosocialismo, ecomarxismo y pensamiento ambiental latinoamericano. Sus propuestas frente a la crisis ambiental del capitalismo

ROSA MARÍA ROMERO CUEVAS
CARLOS RAZO HORTA

El artículo destaca las diferencias conceptuales entre tres tradiciones del pensamiento ambiental: el ecosocialismo, el ecomarxismo y el pensamiento ambiental latinoamericano que, entre otros fines, intentan dar respuesta a la crisis en esta materia. Se parte de que tal crisis es, en realidad, de la civilización occidental; por ello la necesidad de reconocer la cosmovisión, que es fundamento del pensamiento occidental, y de construir nuevas propuestas de entendimiento a partir de las culturas indígenas y campesinas de América Latina. Al final, se exponen algunas ideas generales para la educación ambiental.

PALABRAS CLAVE: crisis, ambiente, cosmovisión, diálogo intercultural, educación.

Ecosocialism, ecomarxism and Latin American environmental thought. Their proposals against the environmental crisis of capitalism

The article highlights the conceptual differences between three traditions of environmental thought: ecosocialism, ecomarxism and Latin American environmental thought, which among others try to respond to the environmental crisis. The article starts from the fact that the environmental crisis is really a crisis of Western civilization, and therefore the need to recognize the worldview that is at the foundation of Western thought and the need to build new proposals of thought, watering indigenous cultures and peasants from Latin America, ends with some general ideas for environmental education.

Keywords: ecosocialism, environmental crisis, ecomarxism, Latin American thought, western world.

Abstract



Introducción

La crisis ambiental que hoy en día se vive en todo el orbe ha llevado a organismos internacionales, instituciones educativas y grupos sociales diversos a enfatizar en la necesidad de una educación que contribuya, mediante la construcción de una cultura ambiental, a buscar, promover e impulsar soluciones a los problemas que enfrentan los conglomerados humanos. En México, las instancias parecen no haber dimensionado de manera plena dicha necesidad; una consecuencia —y, al mismo tiempo, parte del problema— es que el medio educativo no tiene una clara conciencia de las dimensiones de la problemática y tampoco de los enormes alcances de la formación en este campo.

No es posible afrontar dicha crisis, y mucho menos solucionarla, sin reflexionar profundamente en torno a las bases de la civilización occidental y el sentido filosófico de la ciencia. A fin de buscar alternativas, es necesaria la reconstrucción del saber humano a partir de la vinculación de las complejidades de los ecosistemas y las culturas.

Para reconstruir la vida, necesitamos mucho más que la ciencia acumulada; queremos la memoria cultural de los pueblos y, sobre todo, cosmovisiones diferentes. Ésta no puede ser tarea improvisada; es necesario desentrañar la naturaleza de la ciencia actual y sus bases filosóficas, a partir de lo cual podemos desprender las tareas epistemológicas necesarias para la investigación y construcción del pensamiento ambiental, y la nueva o reinterpretada filosofía ambiental.

Necesitamos aprender a entablar un diálogo de cosmovisiones y, mediante éste, conocer y rehacer el complejo tejido de la vida, que responda a la reflexión de los lí-

mites de la ciencia tomando en cuenta lo introducido por la tecnología.

Las nuevas epistemologías no pueden dejar a un lado la postura ética en relación con la investigación ni deben soslayar la profunda desigualdad social; por ello, constituirán una investigación que parta de la reflexión del papel del poder y de la lógica del capitalismo en la interpretación de la realidad.

En busca de la ruptura del pensamiento occidental

No se puede entender con profundidad la crisis ambiental de nuestros días, ni se darán las respuestas necesarias para examinarla, y mucho menos solucionarla, sin reflexionar de manera profunda en torno a las bases de la civilización occidental haciendo notar las diferencias entre sus puntos de vista y los del pensamiento ancestral, así como sus consecuencias éticas, políticas y prácticas, y la explicación inmanente de la naturaleza por considerar que con ella será posible establecer las bases de una nueva cultura —y de nuevas filosofías ambientales— que permita superar la actual esquizofrenia, es decir, la visión trascendental —kantiana, por ejemplo— que nos ofrece un mundo dividido entre espíritu y naturaleza.

Ya no es secreto el daño a los ecosistemas debido a la producción del capitalismo, y de cualquier otro sistema ideopolítico, mediante procesos naturales para la acumulación privada de riqueza. Esta lógica productivista —que no está orientada a resolver necesidades humanas— forma parte de la idea del progreso como la resultante de una concepción lineal de la historia, según la cual las sociedades marchan de estadios inferiores a superiores,

siempre en la búsqueda de «algo mejor». Esta idea de progreso tomó la forma de desarrollo y éste, a su vez, la de industrialización y crecimiento económico ilimitado. Es necesario señalar que, en la sociedad contemporánea, el progreso quizá es la idea-fuerza más potente que existe, pero es evidente su inviabilidad; en el mundo actual, lo que progresa, sin discusión, es el carácter precario de la existencia.

Sin embargo, se culpabiliza al ser humano en general, a la sociedad y al antropocentrismo del desencadenamiento de la sexta extinción de la vida en el planeta, en lugar de al sistema capitalista. Por ejemplo, el Quinto Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, o Panel Intergubernamental del Cambio Climático —Intergovernmental Panel on Climate Change o IPCC por sus siglas en inglés—, muestra que éste golpea y golpeará de manera todavía más fuerte a la mayoría de la humanidad, la empobrecida, que sufrirá más que la minoría enriquecida; además, dichos cambios están al borde de ser irreversibles, pero el informe insiste en su origen antropogénico y no en el carácter delincuencial del capitalismo.

La superficialidad en el rigor intelectual de acusar de la crisis ambiental a los seres humanos, y no al capitalismo, es muestra del tipo de políticas públicas que se impulsan. Es la industria político-mediática la que fabrica y actualiza una forma ignorante y lábil de hablar; se carece de fundamentos científicos y se divulgan unas ideas mientras se marginan otras.

Ecosocialismo y ecomarxismo, dos respuestas desde la cosmovisión occidental

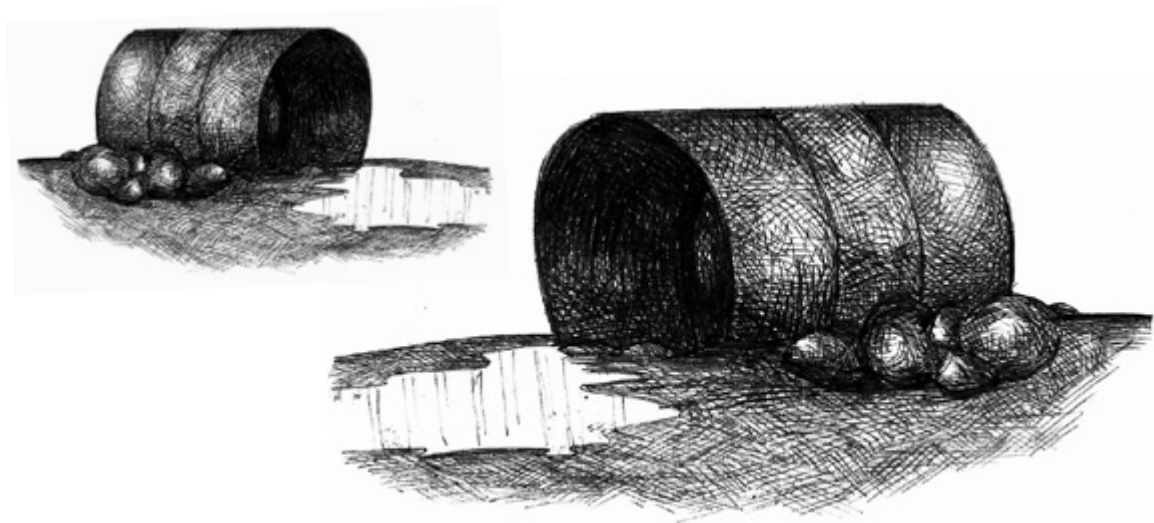
Una respuesta a la crisis ambiental ha sido la construcción de un capitalismo verde,

denominado ecología política, que está anclada en dos pilares: el mercado como medio de racionalización de los costos e inversiones mediante la ley de la oferta y la demanda, y el reciclaje, la eficiencia tecnológica y el uso de la ciencia para producir mercancías verdes. Esta corriente ve la naturaleza como capital natural que hay que rentabilizar respetando lo más posible sus características. Una vez que se ha puesto precio a la naturaleza, se hunde en el mercado. ¿Y qué es la ecología política? Ésta pretende convocar a amplias capas sociales en loables y necesarias movilizaciones democráticas, anticonsumistas, de ahorro y racionalización energética, de reciclaje, entre otras, pero en ningún momento plantea ir a la raíz del problema: la lógica capitalista; llega incluso a jugar con el concepto de ecorrevolución, pero después de vaciarlo de su radicalidad.

En ese sentido, la Organización de las Naciones Unidas y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura recomiendan producir insectos, escarabajos y gusanos comestibles en masa para prevenir las hambrunas que se acercan. Asimismo, las petroleras ven en el deshielo del Ártico la oportunidad económica de abrir caminos al turismo.

En contraste, el ecomarxismo sostiene que la crisis ambiental no es de la naturaleza, sino del capital.

La capacidad de producción de que dispone la humanidad es ilimitada. La inversión de capital, de trabajo y ciencia puede potenciar hasta el infinito la capacidad de rendimiento de la tierra [...] Esta ilimitada capacidad de producción, manejada de un modo consciente y en interés de todos, no tardaría en reducir al mínimo la carga de trabajo que pesa sobre la humanidad; confiada a la competen-



cia, hace lo mismo, pero dentro del marco de la contradicción [...] Unos obreros trabajan hasta catorce y dieciséis horas al día, mientras que otros están sin hacer nada, parados y pasando hambre. Sólo el poder político de las clases y naciones explotadas, de las mujeres trabajadoras, puede revertir esta situación expropiando la propiedad capitalista de la naturaleza (Gil de San Vicente, s/f).

Por su parte, el ecosocialismo es una corriente de pensamiento y de acción ecológica que integra los aportes fundamentales del marxismo, con lo cual se libera de las escorias productivistas; una corriente que entendió que la lógica del mercado capitalista y de la ganancia, así como la del autoritarismo tecnoburocrático de las difuntas democracias populares, son incompatibles con la defensa del ambiente.

Es, en fin, una corriente que, mediante la crítica a la ideología de las corrientes dominantes del movimiento obrero, sabe que los trabajadores y sus organizaciones son una fuerza esencial para toda transformación radical del sistema.

Con un poder socialista internacional se avanzaría a gran velocidad hacia la reunificación de la especie humana con y en la naturaleza; incluso con poderes obreros y populares, y con estados dignos que se resistieran al imperialismo. Sólo mediante lo anterior adelantaríamos la reversión de la crisis socioecológica que, como ya mencionamos, no es de la naturaleza, sino del capital.

El contenido ecológico del marxismo tiene en cuenta la permanente interrelación de, al menos, cuatro componentes: la praxis revolucionaria en su forma esencial de lucha de clases política, la concepción dialéctico-materialista de la ruptura del metabolismo sacionatural y el papel de la libertad humana en la reunificación, la teoría del conocimiento, y la crítica radical de la economía política.

A pesar de estar de acuerdo con ello, es necesario profundizar en la reflexión de las posibles soluciones a la crisis ambiental. Las visiones europeas impusieron sus concepciones de la naturaleza en las culturas originarias. Básicamente, se difundió

la idea de que ésta ofrecía todos los recursos necesarios y que el ser humano debía controlarla y manipularla. Dicha visión inició en el Renacimiento, con las ideas de Bacon, Descartes y sus seguidores, quienes vieron la naturaleza escindida del hombre.

El argumento sostenido por la ecología política de corte marxista es que la forma de acumulación capitalista explota la vida en su conjunto y fractura la unidad ser humano-naturaleza. La explotación es posible gracias a la alienación del ser humano de la naturaleza, fundada en la modernidad. El capitalismo se alimenta de esta separación; gracias a ella le es posible explotar al ser humano y a la naturaleza por igual.

Las teorías de la producción social de la naturaleza, en especial la que postula Neil Smith (2006), proponen que tal división no existe, pues la naturaleza es producida de manera social; desde las ciudades hasta los bosques, la naturaleza es el resultado de procesos sociales.

Lo que pretenden dichas tesis ecomarxistas es disputarle al capitalismo la noción de la separación. Ésta es una ilusión que aquél utiliza en la explotación necesaria para la acumulación. Entonces, se debe revelar la permanente unicidad del ser humano con la naturaleza. Después de todo, nuestro cuerpo es naturaleza, es orgánico.

La tesis de Smith también afirma que el ser humano siempre generó una concepción de naturaleza, pero que el capitalismo lo hace de una manera nueva: produce lo que denomina «primera naturaleza»; luego está la «naturaleza material» que observamos y palpamos, pero también la idea de una anterior al ser humano, prístina, alejada, fuera de nosotros. Reproduce la separación. Utiliza el concepto primera naturaleza en sentido pedagógico para denotar su pretensión de ser anterior a la se-

gunda, la palpable y socialmente producida. La cuestión es que la primera no existe de forma material, es una idea de lo que el capitalismo entiende por naturaleza y que sirve para sus necesidades de acumulación.

El ambientalismo capitalista señala, al igual que el ecomarxismo, que debemos recuperar esa relación con la naturaleza; no obstante, mientras el ecomarxismo, en la línea que seguimos, sostiene que tal separación no es material, sino un producto capitalista, el ambientalismo capitalista dice que debemos recuperar la relación mediante el cuidado y la contemplación de una naturaleza que sigue fuera de nosotros. Entonces, el papel del ecomarxismo es develar que la unicidad persiste, que no hay tal división.

Se generalizó la esperanza en una organización científica de la humanidad y en un control de la ciencia de todos los fenómenos sociales. Conjugada con el positivismo científicista, esta teoría da nacimiento al supremacismo occidental, que considera a las civilizaciones tradicionales inferiores o atrasadas en el tiempo; así, la «misión civilizadora» de las potencias coloniales consistió en hacerles superar ese retraso. Además, postula que existe un paradigma, como criterio universal, que permite jerarquizar las culturas y los pueblos según cuán próximos estén al ideal de progreso. El racismo aparece entonces vinculado de manera directa al universalismo del progreso, en tanto que cubre un etnocentrismo inconsciente.

Al referirse a los límites del marxismo, Enrique Leff (2005) sostiene que

la deslegitimación de la teoría marxista de la historia y de la economía política no tan sólo se debe al triunfo del neoliberalismo, sino al «vacío ecológico» del materialismo histórico de una teoría que, si bien ha producido un

análisis crítico sobre las causas de destrucción de la base de recursos naturales y la degradación ambiental generadas por las crisis inherentes a la acumulación ampliada del capital, no ha integrado a la naturaleza (los procesos ecológicos y socioambientales) en las condiciones generales de la producción.

Más adelante, afirma que

el marxismo no ha elaborado una teoría de la producción que incorpore las bases ecológicas y el potencial ambiental en el desarrollo de las fuerzas productivas y que las articule con relaciones sociales de producción fundadas en los principios de una gestión participativa de los recursos naturales (Leff, 2005).

Es evidente la gran debilidad que tiene la teoría de Marx en materia de ambientalismo; sin embargo, por ser un sistema abierto y en constante reconstrucción y recreación, aporta una epistemología para actualizar su teoría, que encuentra un terreno abonado en el ecomarxismo como posibilidad real para construir el ecosocialismo.

Por ello, la actualización de la teoría marxista debe superar el discurso de la sociedad industrial y alimentarlo con las conceptualizaciones que deriven de la crítica de la sociedad del capital financiero, el ambiente, la comunicación y la industria simbólica.

La nueva teoría debe ser la base para construir otra sociedad que supere el capitalismo, pero también los límites productivistas del socialismo; debe considerar los daños que nuestra civilización le ha causado al ambiente e integrar con armonía la relación ser humano-naturaleza-cosmos y producir, con ello, nuevas cosmovisiones. Esto es parte del reto.

No obstante, la idea de primera naturaleza determina muchas relaciones de

trabajo y hoy la humanidad está alienada de la naturaleza. No podemos decir que la división es sólo simbólica o ideológica; es real. Lo importante es develar que la unicidad debe retomarse de otra forma: con la recuperación de los medios de relación material entre seres humanos y naturalezas. No únicamente una relación contemplativa o de cuidado externo, sino de vivencia —pues no sólo nos relacionaremos por medio del trabajo en la tierra (no seremos todos agricultores)—, de olerla, conocerla, tocarla, en el sentido que Marx da a la relación sensual, en cuanto utiliza todos los sentidos. Pareciera que hay que hacer, en palabras de Fernando Mires (s/f), «una segunda crítica a la economía [política; una crítica] ecológica».

Pensamiento ambiental latinoamericano

Sin desconocer las aportaciones del método marxista, y recuperando la epistemología de las cosmovisiones de los pueblos originarios —que construyeron otras formas de relación con los ecosistemas—, podemos generar nuevas propuestas de solución a la crisis de la civilización occidental.

El pensamiento ambiental latinoamericano se configura poco a poco en un repensar el mundo como espacio central para tales diálogos, tarea innovadora que es producto del trabajo en ámbitos interculturales. Sus posibles avances serán resultado de múltiples experiencias y de los procesos que se lleven a cabo mediante el diálogo intercultural, al igual que por medio de la reflexión y, al mismo tiempo, de la incorporación de los futuros como proyectos alternativos posibles.

Desde esta perspectiva, será importante destacar la riqueza de la diversidad, de la

diferencia, asumirse como posibilidad de enriquecimiento colectivo y personal, y mirar en la pluralidad una de las posibilidades más fecundas de las sociedades actuales, en cuanto bastión para enfrentar los procesos de homogeneización productiva y cultural.

La globalización es homogeneizadora e intenta eliminar formas milenarias que portan la riqueza de la historia de pueblos enteros, las identidades colectivas y las individuales. El proceso de homogeneización, que ha gestado un sinnúmero de «otros» —minorías étnicas, personas con discapacidad, homosexuales, locos, etcétera—, ha incluido en esta lógica a la naturaleza. Tal concepción es uno de los fundamentos que legitiman la exclusión y, en el caso de la relación con la naturaleza, su reducción a recurso natural, su explotación irracional y extrema; quizá sea válido recordar que la homogeneización de las formas de explotación de la naturaleza ha provocado, en gran medida y junto con otros procesos, buena parte de los problemas ambientales del planeta.

El pensamiento ambiental latinoamericano es el espacio simbólico, epistemológico y metodológico donde todos, seres humanos y naturaleza, son incluidos para generar nuevas relaciones. Conduce a acercamientos y síntesis diversos, a diálogos productores de nuevas formas de pensarse y pensar a los otros, a la aceptación activa de la diversidad gracias al desarrollo de los nuevos medios de comunicación, a la emergencia de nuevos sujetos y movimientos sociales, a las migraciones y, en el caso de lo ambiental, a la producción de saberes desde diferentes cosmovisiones, desde el conocimiento científico y desde otras tradiciones, por ejemplo, las prácticas de producción y consumo de diversos pueblos.

Así se genera una concepción del ambiente como sistema humano, es decir, el sistema complejo de la relación de los seres humanos consigo mismos, entre sí, al igual que sus relaciones con la naturaleza, vistos desde la perspectiva de la riqueza de la diversidad cultural y ecosistémica, así como la misma valoración de los saberes ancestrales y las aportaciones de la ciencia.

El pensamiento ambiental latinoamericano invoca nuestra capacidad de admiración y respeto ante el universo. Las cosmovisiones indígenas no son una idea abstracta o metafísica, sino, más bien, la expresión de la cultura, visible y palpable en la cotidianidad, que debemos recuperar y extender para el bienestar de nuestra región.

Cultura y territorio

Una de las vertientes más ricas del ambientalismo latinoamericano es el estudio de las relaciones entre cultura y naturaleza. En América Latina va cobrando fuerza una visión de la que tienen las sociedades tradicionales, indígenas y campesinas, con su ecosistema.

Se trata de establecer los procesos de convivencia entre las cosmovisiones y sus prácticas arraigadas, y las posibilidades de los ecosistemas que las sustentan, como espacio central para la gestación de diálogos que generen alternativas a la crisis ambiental, tarea innovadora que es producto del trabajo en espacios interculturales. Sus posibles avances serán resultado de múltiples experiencias y de los procesos que se lleven a cabo mediante el diálogo intercultural, la reflexión de los fines y medios con que cuenta la educación, y, al mismo tiempo, la incorporación de futuros considerados horizontes de referencia y proyectos alternativos posibles.

En esta perspectiva, será importante destacar la riqueza de la diversidad, asumirla como oportunidad de enriquecimiento colectivo y personal, y mirar en ella una de las posibilidades más fecundas de las sociedades actuales, en cuanto bastión para enfrentar los procesos de homogeneización productiva y cultural.

Hacemos hincapié en que el pensamiento ambiental latinoamericano incorpora formas ancestrales que llevan la riqueza de la historia de pueblos enteros, las identidades colectivas y las individuales, en las cuales todos, seres humanos y ecosistemas, son incluidos para generar nuevas relaciones y acercamientos diversos a diálogos productores de nuevas formas de pensarse y pensar a los otros, de pensarse en los otros y ser en los otros; es decir, la aceptación activa de la diversidad.

Educación ambiental

La educación ambiental parte de la necesidad de esforzarse por modificar los procesos educativos en nuestro contexto, lo que hace falta desde el punto de vista teórico y pedagógico; de construir un sistema de pensamiento a fin de diseñar y llevar a cabo una educación que transforme las concepciones que el ser humano tiene de sí mismo, de las formas en que se conciben los problemas y las preguntas que se formulan en torno a ellos. De ahí el imperativo de atender la problemática y sus repercusiones, en un creciente esfuerzo modificador de las prácticas educativas y los compromisos con la transformación de la civilización.

Una categoría central de este proceso es la de sujetos sociales, considerados un producto histórico de determinaciones múltiples, pero únicos posibles hacedores

de una nueva cultura y, por tanto, constructores de una educación que busque un desarrollo pleno de los sujetos, puesto al servicio de una cosmovisión basada en vínculos más comprensivos, responsables y concededores de los procesos de la naturaleza y de las relaciones de los hombres y mujeres entre sí y con ella.

En esta labor, es necesario contemplar la necesidad de entender los hechos educativos como parte de una totalidad socioeconómica, política, cultural e histórica, es decir, se debe hacer un examen crítico de las diversas propuestas educativas. Se trataría de construir nuevas significaciones, acercamientos que permitan rescatar lo cotidiano en calidad de valioso y, de alguna manera, superar la experiencia inmediata para que, en un proceso de ruptura, pueda empezarse a trabajar en nuevas formas de acercamiento a la realidad ecosistema-cultura y propiciar la emergencia de pautas de conducta, representaciones y significaciones que den cuenta de ello, pues, de otra manera, las nuevas propuestas pueden resultar ajenas y abstractas.

La educación ambiental debe considerar, por lo menos, las siguientes dimensiones de trabajo:

1. Examen de los procesos educativos desde diversas culturas y puntos de vista: histórico, sociológico, antropológico, psicológico y pedagógico.
2. Reflexión permanente en torno a las articulaciones de lo educativo, lo intercultural y lo ambiental.
3. Examen de la propia formación, que implica la revisión permanente y sistemática de los procesos individuales y grupales.

Se trata, en realidad, de empezar a construir un nuevo paradigma «desde una reflexión epistemológica e incluso ontológica, ética, estética y hermenéutica a problemas hasta hace poco no considerados». Este nuevo campo enfrenta, así, múltiples retos; su condición de encontrarse apenas en gestación explica el que no se hayan producido aún concepciones institucionalizadas ni consensuadas y que, por el contrario, se esté ante un abanico de enfoques teórico-metodológicos que intentan dar cuenta de su naturaleza y alcances, al igual que de acciones y proyectos con muy diversa orientación, que no buscan o no logran aún articularse y construir programas sustentados por criterios básicos comunes. Más allá de límites y carencias, la riqueza de esta pluralidad de esfuerzos representa un valioso sustento para emprender, con mayores fundamentos en el intercambio de experiencias y el diálogo intercultural en cuanto método para la búsqueda de soluciones.



Referencias

Gil de San Vicente, I. (s/f). Marxismo versus ecologismo. Recuperado de http://abertzalekomunista.net/images/Liburu_PDF/Euskotarrak/Gil_de_San_Vicente/2015-Marxismo_vesus_ecologismo.pdf

Leff, E. (Octubre de 2005). La Geopolítica de la Biodiversidad y el Desarrollo Sustentable: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza. En *Alternativas Globalização*. Conferencia llevada a cabo en el Seminario Internacional REG GEN, Río de Janeiro, Brasil. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/reggen/pp12.pdf>

Mires, F. (s/f). La nueva ecológica. El sentido político de la ecología en América Latina. Recuperado de https://gredos.usal.es/jspui/bitstream/La_nueva_ecologica_El_sentido_politico_d.pdf

Smith, N. (2006). *La producción de la naturaleza. La producción del espacio*. México: UNAM. Recuperado de https://kupdf.com/download/produccion-de-la-naturaleza-neil-smith_5a0edafde2b6f5805d3f4d58_pdf

